

XXV.

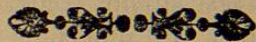
TRAICION DE JUDAS.

Eran mas de las once de la noche cuando Jesus fué entregado á sus enemigos por este apóstol, el cual tan solo había esperado la oportunidad para hacerlo.

Hallábase todavía el Señor en el Huerto de Gethsemaní cuando por tercera vez vino á sus discípulos y les dijo: «Dormid ya y reposad.» Basta: la hora es llegada: ved que el Hijo del Hombre va á ser entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos. He aquí el que me ha de entregar, está cerca: Y estando él aun hablando, llega Judas Izcariotes, uno de los doce apóstoles y con él grande tropel de gente con espada y palos, de parte de los príncipes de los Sacerdotes y de los Escribas y de los ancianos. Y el traidor les había dado una señal, diciendo: «Aquel que yo besare, aquel es; prendedle. Y llevadle con cuidado. Y cuando llegó, se acercó luego á él y dijo: «Maestro, Dios te guarde y le besó. Entonces ellos le echa-

ron las manos y le prendieron. Jesus no por esto se mostró indignado; al contrario, vió á Júdas con cierta compasion y ternura, y le dijo: «Amigo mio, ¿á que has venido?»

Estas palabras tan llenas de amor y de dulzura, de parte del Redentor, no hicieron, sin embargo, impresion ninguna en el corazón de Júdas, cuando tan hipócritamente habia vendido á su divino Maestro; lo que prueba el grado de dureza á que puede llegar la ingratitud humana y la bondad tan grande de Jesus, enseñándonos con su ejemplo á bendecir y amar á nuestros enemigos, por muchos que sean los males que nos hagan.



XXVI.

PEDRO NIEGA A JESUS.

Los Escribas y los ancianos se reunieron en la casa de Caifás, en donde esperaban con ansia el momento en que Je-

sus les fuese entregado para juzgarlo, satisfaciendo así sus deseos de venganza, tanto tiempo ocultos por los que se llamaban representantes del pueblo.

Mientras esto pasaba, los discípulos huyen y se ocultan, y solo Pedro, recordando su promesa, vuelve en sí, y haciendo un grande esfuerzo, sigue, aunque de léjos, á su divino Maestro.

Los soldados de los sacerdotes, armados, como hemos dicho, de palos y espadas, llevan á Jesus á casa de Caifás, el cual lo manda, como un testimonio de respeto á la autoridad, á su suegro Anás, y éste, á su vez, lo vuelve á la casa de aquel, en donde los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban algun falso testimonio contra Jesus para entregarlo á la muerte. Así es que por estò, unos testigos falsos dijeron: "Nosotros le hemos oido decir: "Yo destruiré este templo hecho de manos, y en tres días edificaré otro no hecho de mano;" y no se concertaba el testimonio de ellos. Y levantándose en medio el sumo sacerdote, preguntó á Jesus, diciendo: "No respondes alguna cosa á lo que estos atestiguan contra tí? Mas él callaba,

y nada respondió. Le volvió á preguntar el sumo sacerdote, y le dijo: ¿Eres tu el Cristo, el Hijo de Dios vivo? Y Jesus le dijo: "Yo soy; y vereis al Hijo del Hombre sentado á la diestra del poder de Dios, y venir con las nubes del cielo." Entonces el Sumo Sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo: "Que necesitamos ya de testigos? Habeis oido la blasfemia. ¿Que os parece? "Y le condenaron todos ellos á que era reo de muerte. Y algunos comenzaron á escupirle, y cubriéndole la cara, le daban golpes y le decían: "adivina," y los ministros le daban de bofetadas.

Y estando Pedro abajo en el atrio llegó una de las criadas del Sumo Sacerdote, y cuando vió á Pedro que se calentaba, clavando en él los ojos, le dijo: "Y tú con Jesus Nazareno estabas." Mas él lo negó, y dijo: "Ni le conozco, ni sé lo que dices." Y se salió delante del atrio, y cantó el gallo. Y viéndole de nuevo la criada, comenzó á decir á los que estaban presentes: "Este, de ellos es;" mas él lo negó otra vez. Y poco después los que allí estaban decían á Pedro: "Verdaderamente tú de ellos eres, porque eres

tambien galileo. "Y él comenzó á maldecirse y á jurar: "No conozco á ese hombre que dices." Y en el mismo punto cantó el gallo la segunda vez. Y se acordó Pedro de la palabra que Jesus le habia dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces." Y comenzó á llorar.

Júdas y Pedro, como hemos visto, son los apóstoles que mas se habian distinguido en la historia de Jesucristo: el uno por su traicion; el otro por su arrepentimiento y su amor; pues Júdas, no procurando el remedio á su pecado, cuando comprendió su crimen, se entregó á la mas grande desesperacion y se ahorcó; en tanto que Pedro llora amargamente su falta, y la llora tanto, que Dios le perdona, y le hace príncipe de los apóstoles.

Así, mis buenos lectorcitos, en vuestras faltas no os desesperéis: arrepentios, llorad, para que Dios os perdone y seais felices.



XXVII.

SENTENCIA DE JESUS.

Los acontecimientos que acabamos de referir pasaban entre miércoles y juéves; y á la mañana siguiente en que se reunieron los príncipes de los Sacerdotes, los Escribas y ancianos, y todo el concilio, hicieron atar á Jesus y lo llevaron á Pilato, y este le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judios?"—Y él, respondiendo, le dijo: Tú lo dices. "Y los príncipes de los Sacerdotes lo acusaban de muchas cosas. Y Pilato otra vez le preguntó diciendo. ¿No respondes nada? Mira de cuantas cosas te acusan." Mas Jesus ni aun con eso respondió; de modo que se maravillaba Pilato. Pero acostumbraba en el dia de la fiesta dar libertad á uno de los presos, cualquiera que ellos pidiesen. Y habia uno llamado Barrabás que estaba preso, con otros sediciosos, por haber hecho una muerte en una revuelta. Y como concurriese el pueblo, co-

menzó á pedirle la gracia que siempre les hacia, y Pilato le respondió y dijo: "¿Quereis que os suelte al rey de los Judios?" Porque sabia que por envidia le habian entregado à los príncipes de los Sacerdotes, Mas los Pontífices incitaron á la gente para que les soltase ántes á Barrabás. Y Pilato les respondió, y les dijo otra vez: "¿Pues que quereis que haga del rey de los Judios?" Y ellos volvieron á gritar: "Crucifícale" Mas les decia Pilato. ¿Pues que mal ha hecho? Y ellos gritaban mas: "Crucifícale." Y Pilato, queriendo contentar al pueblo, les puso en libertad á Barrabás; y despues de haber hecho azotar á Jesus, le entregó para que le crucificasen, y los soldados le llevaron al átrio del pretorio, y convocaron toda la corte. Y le vistien de púrpura, y tejiendo una corona de espinas se la pusieron, y comenzaron á saludarle. "Dios te salve, rey de los Judios;" y le herian la cabeza con una caña, y le escupian, é hincando la rodilla le adoraban. Jesus, entre tanto, sufrió todas estas injurias con una paciencia y resignacion admirables. San Juan escribe muchas cosas

que respondió el Señor en este tiempo; así es que, cuando San Marcos dice que nada respondió á Pilato, se debe entender, como dicen los expositores sagrados, en cuanto miraba á las acusaciones que le hacian, porque estas, como falsas, no necesitan respuesta. Por eso vosotros, mis queridos niños, si alguna vez teneis que sufrir la burla y el martirio por el bien que hagais, seguid el ejemplo de vuestro divino Salvador. Sed como el sándalo, esparcid más aroma mientras mas os hieran.



XXVIII.

CRUCIFIXION DE JESUCRISTO.

El pueblo habia pedido á Pilato que crucificaran á Jesus, y era preciso que sus deseos fueran satisfechos. Jesus el Hijo de Dios, el Santo de los Santos, el que por todas partes habia derramado la

luz y la felicidad enseñándonos con su divino ejemplo y su palabra el amor á nuestros semejantes y el perdón á nuestros enemigos habia sido condenado á muerte y condenado por aquel mismo pueblo que pocos días ántes lo recibiera con palmas y le cantara hosanas.

Después de haber sido sentenciado á muerte, cuando apenas habia asomado el Sol, Jesús, con la cruz al hombro salió del Pretorio, en medio de dos ladrones, como si hubiera sido el último de los criminales, y no como si fuera el mismo Dios. Una multitud del pueblo lo seguía, y las mujeres lloraban; pero Jesús, volviéndose á ellas, les dijo: "Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí; antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos." Y ya no pudiendo con la cruz cuando salió de la ciudad, cayó en tierra; y sus enemigos temiendo que muriese antes de crucificarle, hicieron á un hombre llamado Simon, natural de Cirene, que le ayudase.

Así Jesús pudo subir hasta el Gólgota, y cuando llegaron al lugar que se llamaba de la Calavera, le crucificaron allí y á los ladrones que lo acompañaban los

colocaron uno á la derecha y otro á la izquierda. Mas Jesús decía: "Padre perdona los que no saben lo que hacen." Y dividiendo sus vestidos, echaron suertes. Y el pueblo estaba mirando, y los príncipes juntamente con él le denostaban y decían: "A otros hizo salvos, sálvese á sí mismo, si este es el Cristo, el escogido de Dios. Le escarnecían también los soldados acercándose á él y presentándole vinagre y diciendo: "Si tú eres el rey de los Judíos, sálvate á tí mismo." Y habia también sobre él un título escrito en letras griegas, latinas y hebraicas. "Este es el rey de los Judíos." Y uno de aquellos ladrones que estaban colgados le insultaba diciendo: "Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros." Mas el otro respondiendo, le reprendió diciendo: ¡Ni aun tú temes á Dios, estando en el mismo suplicio! Y nosotros, en verdad, por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecemos por nuestras obras; mas éste ningún mal ha hecho. "Y decía á Jesús: "Señor acuérdate de mí cuando estes en tu reino."—Y era ya la hora de Sesta, y se cubrió de tinieblas hasta la hora de nona, esto es, hasta tres horas

despues del medio dia. Y se oscureció el sol, y el velo del templo se rasgó por medio.

Entre tanto, estaban junto á la cruz de Jesus su madre y las hermanas de su madre, Maria Cleofas y Maria Magdalena. Y como vió Jesus á su madre y al discípulo que amaba que estaba allí, dijo á su madre: "Mujer, hé ahí á tu hijo." Despues dijo al discípulo "hé ahí á tu madre." Y desde aquella hora el discípulo la recibió por suya. Despues de esto, sabiendo Jesus que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: "Sed tengo." Habia allí un vaso lleno de vinagre; y ellos poniendo al rededor de un hisopo una esponja empapada en vinagre, se la aplicaron á la boca. Y luego que Jesus tomó el vinagre, dijo: "Consumado es." E inclinando la cabeza, dió el espíritu.

Con la muerte del Redentor, toda la naturaleza se conmueve: el sol se eclipsa, el universo todo se estremece; la tierra tiembla, los santos y justos resucitan, gozan de su presencia y de una delicia que el hombre no puede comprender.

Ya veis mis apreciables niños, lo que Jesus ha hecho por nosotros: morir en una cruz, y sufrir mas tormentos que los que sufrían los criminales, y todo por salvarnos y hacernos dignos de él. Sed pues como los buenos, para que goceis de ese bienestar infinito, que solo está reservado á los que obran bien, como la recompensa mas grande que se ha concedido por Aquel cuyo poder y cuya grandeza son infinitas.



XXIX.

RESURRECCION DE JESUS.

Despues que el Redentor hubo muerto, toda la ciudad estaba triste, la misma naturaleza se hallaba profundamente conmovida con la muerte del Hombre Dios.

José de Arimathea, hombre rico y discípulo de Jesus, se dirigió á Pilato pa-

ra pedirle el cuerpo de su divino Maestro, y Pilato, entonces, mandó que se le diese el cuerpo; y tomando José el cuerpo lo envolvió en una sábana limpia; y lo puso en un sepulcro suyo que habia hecho abrir en una peña. Y revolvió una gran losa á la entrada del sepulcro, y se fué. Y Maria Magdalena y la otra Maria estaban allí sentadas en frente al sepulcro. Y otro día, que es el que sigue al de la Parasceve, los príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos acudieron juntos á Pilato diciendo: "Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor, cuando todavia estaba en vida," despues de tres dias resucitaré." Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer dia; no sea que vengan sus discípulos y lo hurten, y digan á la plebe: "resucitó de entre los muertos; y será el postrer error peor que el primero." Pilato dijo: "guardas tenéis, id y guardadlo como sabeis." Ellos, pues, fueron, y para asegurar el sepulcro, sellaron la piedra y pusieron guardias. En la tarde del sábado, al amanecer el primer dia de la semana, vino Maria Magdalena y la otra Maria á ver el sepulcro. Y habia habido un gran terremo-

to. Porque un angel del Señor descendió del cielo: y llegando, revolvió la piedra y se sentó sobre ella; y su aspecto era como un relámpago, y su vestidura como la nieve. Y de temor de él se asombraron los guardas y quedaron como muertos. Mas el Angel tomando la palabra, dijo á las mujeres: "No tengais miedo vosotras; porque sé que buscais á Jesus, el que fué crucificado. No está aquí: porque ha resucitado como dijo: Venid y ved el lugar donde habia sido puesto el Señor."

"E id luego, continuó el angel diciendo, decid á sus discípulos que ha resucitado; y hé aquí va delante de vosotras á Galilea: allí lo vereis. E aquí os lo he avisado de antemano. Y salieron al punto del sepulcro; con miedo y con gozo grande, y fueron corriendo á dar las nuevas á sus discípulos. Y he aquí, Jesus les salió al encuentro diciendo: "Dios os guarde." Y ellas se llegaron á él y le abrazaron de los pies y lo adoraron. Entonces les dijo Jesus: "No temais, idad las nuevas á mis hermanos para que vayan á la Galilea, allí me oirán."

El gozo que recibieron estas mujeres al ver á Jesus resucitado fué tan grande,

que llenas de júbilo fueron y se lo dijeron á sus discípulos y á todos los que encontraban á su paso. El Señor, pues, habia resucitado: el sepulcro estaba vacío, el Angel lo habia anunciado, y las mujeres lo habian visto, y le habian adorado. La redencion, pues, estaba hecha, Jesus habia triunfado, si es posible expresarnos así, de la muerte, para salvar al hombre del pecado y librarlo del poder de Satanás.

Adorad al Hombre Dios con toda vuestra inocente sencillez, amables lectors, porque él solo es la luz y la vida, y quien cree en él, y obra conforme á sus divinas enseñanzas, aunque hubiere muerto, vivirá.



XXX.

APARICION DE JESUS A LA MAGDALENA.

Esta hermosísima mujer que habia sido el encanto y admiracion de todos los

que la conocian, por su belleza y atractivo, vivia en su palacio de Magdalo, en donde disfrutaba de todos los placeres y goces que puede proporcionarse una mujer hermosa y disipada como era Maria, cuando una mañana vió á un hombre que predicaba á la multitud, y al escuchar su elocuente y divina palabra, sintió un amor infinito por él, su alma se transforma y no vuelve á amar á nadie mas que á Jesus, pues él era el hombre que habia tocado el corazon de aquella mujer por salvarla.

Arrepentida de sus desaciertos, vende todos sus bienes, se despoja de todas sus alhajas y todo lo regala á los pobres, y sigue á Jesus, ya no como si hubiera sido una rica y hermosa cortesana, sino como la última hija del pueblo; pero para llegar á él, llora sus culpas, se postra á sus plantas no pudiendo por mas tiempo ocultar su amor y su arrepentimiento, y las baña con sus lágrimas y las unge con el bálsamo mas rico que se conocia entonces, y no se levanta hasta que el Señor la perdona.

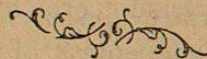
Desde entonces Magdalena fué la mujer mas distinguida de Jesus, y por eso

cuando estaba llorando en su sepulcro, persuadida de que alguno se habia llevado el cuerpo de su Señor, miró hacia el sepulcro, y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentado el uno á la cabecera y el otro en los pies en donde habia sido puesto el cuerpo de Jesus. Y le dijeron: "Mujer, ¿por qué lloras? Díceles: Porque se han llevado de aquí á mi Señor, y no se donde le han puesto." Y cuando esto hubo dicho se volvió hácia atras, y vió á Jesus que estaba en pié, más no sabia que era Jesus. Mas Jesus le dice: "Mujer, ¿porqué lloras? ¿A quien buscas?" Ella creyendo que era el hortelano, le dijo: "Señor, si tu le has llevado de aquí, dime donde lo has puesto, y yo le llevaré. Jesus le dice: "Maria! Vuelta ella le dice: "*Rabboni*" que quiere decir "*Maestro*" Jesus le dice "No me toques, porque aun no he subido á mi Padre; mas vé á mis hermanos y diles: "Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.

Asi Magdalena se fué llena de gozo á buscar á sus hermanos para decirles lo que el Señor le habia mandado.

De esta manera recompensa el Salva-

dor á los que arrepentidos vuelven á El, y los distingue como el buen padre que recompensa á sus hijos, cuando vuelven á él.



XXXI.

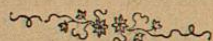
JESUS SE APARECE
—EN LA—
ALDEA DE EMAUS A DOS
DE SUS DISCIPULOS.

Algunos discípulos de Jesus habian ya sabido su resurrección por las mujeres que habian ido al sepulcro con aromas para embalsamar el cuerpo del Señor, asi es que el mismo domingo en que resucitó Jesucristo, dos de sus discípulos iban á una aldea llamada de Emaüs, que distaba de Jerusalem como sesenta estadios, esto es, como dos leguas. Y ellos iban conversando entre sí de todas esas cosas

que habian acaecido. Y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro: se llegó á ellos el mismo Jesus, y caminaba en su compañía: Mas los ojos de ellos estaban detenidos para que no le conociesen. Esto es, Jesus suspendia la impresion que su cuerpo hubiera debido hacer naturalmente sobre sus ojos, y que hubiera hecho que lo reconociesen en el momento. Y les dijo: "¿Que pláticas son esas, que tratais entre vosotros caminando, y por qué estais tristes? Y respondiendo uno de ellos llamado Cleophas, le dijo: ¿Tú solo eres forastero en Jerusalem, y no sabes lo que allí ha pasado estos dias? El le dijo: ¿Qué cosa es? Y respondieron: De Jesus Nazareno que fué un varon profeta, poderoso en obras y en palabras, delante de Dios y de todo el pueblo. Y como le entregaron los sumos Sacerdotes y nuestros príncipes á condenacion de muerte, y le crucificaron: Mas nosotros esperábamos que él era el que debía de redimir á Israel; y ahora, sobre todo esto, hoy es el tercer dia que han acontecido estas cosas. Aunque tambien unas mujeres de las nuestras nos han espantado, las

cuales, ántes de amanecer, fueron al sepulcro. Y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron, diciendo que habian visto allí vision de Angeles, los cuales dicen que él vive: Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro, y lo hallaron así como las mujeres lo habian referido; mas á él no lo hallaron. Y Jesus les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazon para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Pues que no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria? Y comenzando desde Moisés y de todos los profetas, se lo declaraba en todas las Escrituras, que hablan de él. Y se acercaron al castillo á donde iban: y él dió muestras de ir mas lejos. Mas lo detuvieron por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya inclinado el día. Y entró con ellos. Y estando sentado con ellos á la mesa, tomó el pan y lo bendijo, y habiéndolo partido se los daba. Y fueron abiertos los ojos de ellos, y lo conocieron: y él entonces se desapareció de su vista. Y ellos llenos de gozo salieron publicando por todas partes, que su divino Maestro habia resucitado.

Vosotros, mis buenos niños, sois mas felices que aquellos hombres, porque vosotros creéis lo que Jesus os enseñó, y lo que su iglesia os propone.



XXXII.

ASCENCION DE JESUCRISTO Y VENIDA DEL ESPIRITU SANTO.

Despues que Jesus hubo resucitado, estuvo con sus discípulos cuarenta dias, en cuyo tiempo los instruyó en todo lo que debian hacer para el establecimiento y gobierno de la iglesia; siendo este el origen de las tradiciones; porque quanto ha sido creido y practicado viene de los Apóstoles, y, por consiguiente, del mismo Jesucristo; porque los Apóstoles no enseñaron sino todo aquello que habian oido y aprendido de su divino Maestro,

y lo que les reveló el Espíritu Santo cuando bajó sobre ellos. «Id,—dijo Jesus— Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere, con una fé viva y acompañada de buenas obras, y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.—Y cuando hubo dicho á sus Apóstoles: «Recibireis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, me seréis testigos en Jerusalem y en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la Tierra, viéndole ellos, se fué elevando, y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos. Y estando mirando al cielo, cuando él se iba, he aquí, se pusieron al lado de ellos dos varones, con vestiduras blancas, los cuales tambien les dijeron: «Varones Galileos, ¿qué estais mirando al cielo? Este Jesus que de vuestra vista se ha subido al cielo, vendrá así como le habeis visto ir al cielo.

Despues de éste glorioso acontecimiento, los discípulos estaban acongojados y tristes, por la separacion de su divino Maestro; pero pasados algunos dias, Pedro, hallándose reunido con unos cien-

to veinte discípulos, tomando la palabra, les hizo ver lo conveniente que era elegir uno que ocupase el lugar del traidor Júdas, y á este fin señalaron á dos: á José, que era llamado Barsabas, y tenia por sobrenombre el Justo: y á Matías; Y orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos, de estos dos, cual has escogido. Para que tome el lugar de este ministerio y apostolado, del cual, por su prevaricacion, cayó Júdas, para ir á su lugar. Y les echaron suertes, y cayó la suerte sobre Matías, y fué contado con los once apóstoles. Y cuando se cumplían los dias de Pentecostés, estaban todos unánimes en un mismo lugar, y vino derrepente un estruendo del cielo, como de viento que sopla con inpetu, y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, y reposó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos de Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en varias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen. Y residían entonces en Jerusalem Judíos, varones religiosos de todas las naciones que hay debajo del cielo. Y hecha esta

voz, acudió mucha gente, y quedó pasmada porque los oía hablar, cada uno en su propia lengua.

Así los Apóstoles comenzaron á predicar la doctrina de Jesucristo; y Pedro, aquel Pedro que temblaba á la voz de una criada, y no se atrevia ni á pronunciar el nombre de su Divino Maestro, cuando salia del pretorio; despues predica en todas partes, con una elocuencia que admira, la doctrina del Salvador; y á su sola palabra, y á la de unos cuantos hombres, tontos y rudos, el mundo se regenera, las naciones prosperan, y la luz del Evangelio viene á ser la luz de la humanidad.

Ya veis, niños míos, cuan grande es el Redentor del mundo, nuestro Padre y nuestro Salvador: amadlo, bendecidlo, y más que todo, seguid su ejemplo, y practicad su doctrina, y no olvideis que Jesus es la vida y la felicidad; y quien creyere, é hiciere obras de virtud, aunque hubiere muerto, vivirá.

FIN.